

Nerea del Pino

@lavecinadel3o

Define normal



Nerea del Pino

@lavecina del 3o

Define
bnormal

Matchstories

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Nerea del Pino (@lavecinadel3o), 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-270-5439-4

Depósito legal: B. 15.642-2025

Preimpresión: Realización Planeta

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



Capítulo 1

Casa nueva, vida nueva

Dafne

No puedo más. He subido esta escalera más de quince veces. Eso hace un total de 900 escalones, porque sí, los he contado. Entre los escalones, el calor y el peso de las cajas, siento que los pulmones se me van a salir por la boca en cualquier momento pidiendo auxilio. Al menos este es el último viaje para, por fin, acabar de instalarnos en el que ya es nuestro nuevo piso.

Me enamoré de este lugar en cuanto Atenea nos envió las fotos por «Radiopatio», nuestro grupo de WhatsApp. Era bastante más grande que todos los pisos en los que habíamos estado, tenía una habitación para cada una y la propietaria dejaba muchos de sus muebles porque se iba a vivir a Galicia, así que sabíamos que era una oportunidad que no podíamos dejar escapar.

No sé cómo lo hace, pero Atenea es una de esas personas que tienen un imán para las gangas. Da igual lo que necesites, ella siempre conoce a alguien que te conseguirá un chollo.

—Atenea, ¿me puedes recordar por qué decidimos que era buena idea hacer la mudanza a un tercero sin as-

ensor en pleno junio? —pregunta Nekane con desesperación.

—Lo primero, porque el casero quiere hacer un puñetero alquiler turístico y no nos renueva el contrato —bufa, tomando aire mientras sube otro escalón—. Lo segundo, porque este es el piso que más cerca está de nuestros trabajos. Y lo tercero, porque, como somos pobres como ratas, estamos destinadas a vivir juntas hasta el fin de nuestros días... —se apoya en la barandilla un segundo, resoplando— o hasta que a alguna de nosotras le toque la lotería. ¿Te parecen suficientes motivos?

—Pues también es verdad. Pero ¿por qué tenía que ser en el mismo fin de semana en el que empiezan las olas de calor si nos daban hasta final de mes para desalojar nuestro piso?

—¡Tía, pues porque en Barcelona los pisos vuelan! —exclama Atenea llegando al rellano del segundo y girándose hacia Nekane—. Da gracias que haya encontrado este en el que las tres tenemos nuestra propia habitación. ¿O no te acuerdas de que tuve que soportar tus ronquidos en aquel piso cutre en el que compartimos habitación? —Apoya la caja en el suelo y se recoge su larga melena en una coleta con la que los colores azul y negro que dividen su pelo se mezclan.

—Chicas, me encanta rememorar viejos tiempos con vosotras, pero como aguante estas cajas un minuto más, ¡se me van a caer los brazos! —interrumpo, alzando ligeramente la caja que sujeto a duras penas.

Dicen que las personas tenemos cinco maneras diferentes de mostrar nuestro afecto, conocidas como los cinco lenguajes del amor: palabras de afirmación, tiempo de calidad, regalos, actos de servicio y contacto físico. Bien, pues podría

afirmar que Atenea y Nekane han desbloqueado un sexto lenguaje.

Siempre discuten por cosas insignificantes, esa es su forma de demostrarse cariño. Parece que cuanto más discuten, más se quieren. A mí, personalmente, esto me entretiene bastante.

Llevamos cinco años viviendo juntas, y este es el cuarto piso al que nos mudamos. Llegadas a este punto, no puedo imaginar mi vida sin ellas. Somos diferentes, y creo que esa es la clave de nuestra amistad, que nos completamos.

Nekane es una defensora de las causas perdidas. Supongo que ese fue uno de los motivos por los que empezó a hablar conmigo y se hizo mi amiga. El instituto no fue un camino de rosas para mí. La gente suele decir que los niños son crueles, pero nadie quiere enfrentarse a grupos de adolescentes en plena efervescencia hormonal. Necesitaría un libro para explicar esa fase de mi vida, así que lo resumiré en que Nekane se convirtió en mi aliada en aquella época.

Llegó al instituto en marzo. La tutora la sentó a mi lado en su primer día. Sus grandes ojos marrones transmitían tanto carácter que intimidaba. Para romper el hielo y ser amable (porque suponía que el primer día de instituto no es fácil para nadie) halagué su larga melena marrón que traía semirrecogida con una pinza y, en un instante, Nekane sustituyó su mirada amenazante por una amplia sonrisa. Rápidamente conectamos y, entre clase y clase, me explicó que a su padre lo habían trasladado a trabajar a Barcelona y por eso se incorporaba tan tarde.

Ese mismo día tuvimos clase de gimnasia. Hicimos equipos para jugar a básquet y, para variar, fui de las últimas en ser escogida. No porque se me diera mal, todo lo

contrario, era especialmente buena. Sencillamente, no me elegían porque nadie quería a la gordita en el equipo.

La etapa del colegio y el instituto me marcó mucho. Los comentarios constantes, las risas y los grupitos hicieron que mi autoestima cayera en picado. La dismorfia corporal se apoderó de mí y tuve una época en la que ni siquiera quería mirarme al espejo. Me sentía horrible.

Mientras jugábamos, uno de los chicos de clase, en un alarde de incontinencia verbal, no dejaba de hacer comentarios sobre mí y sobre mi cuerpo. Fue ahí donde Nekane entró en acción. Todavía recuerdo la cara de aquel pobre chaval. Nadie nunca le había plantado cara, ni siquiera yo. Ahora tengo algo más de carácter, pero en aquella época prefería callar a crear más problemas. Se quedó pálido con el rapapolvo que le echó Nekane y, a partir de ese momento, no nos volvimos a separar. Nekane siempre ha sido una chica gorda, y, durante el recreo, me contó que en su anterior instituto también había imbéciles que comentaban cosas sobre su peso y su cuerpo, pero ella no se quedaba callada ante los ataques. Y eso es algo que no ha cambiado nunca en ella.

Atenea apareció en mi vida un tiempo después. La conocí en la universidad. Ella estudiaba Bellas Artes y yo, Audiovisuales, y a las dos nos gustaba más saltarnos las clases que asistir a ellas.

Un día nos sentamos en la misma mesa en la cafetería y no pudo evitar estallar de la risa cuando vio mi cara de asco al pegar el primer bocado a un bocadillo de lomo que estaba tremendamente seco. De la risa, Atenea escupió el agua que estaba bebiendo sobre mis apuntes. Nos pasábamos horas hablando mientras ella dibujaba en sus cuadernos o en las servilletas de la cafetería.

Ella no lo sabe, pero yo todavía guardo algunas de esas servilletas. Me fascina su creatividad y la facilidad que tiene para convertir cualquier cosa en un lienzo en blanco para expresarse.

Desde el momento en el que las presenté en mi fiesta de cumpleaños, no nos hemos vuelto a separar. Son como hermanas para mí.

Avanzamos por el estrecho rellano cuando oímos que la puerta del segundo A se abre.

—Pero bueno, ¿y vosotras quiénes sois? —dice una anciana, apoyándose en el marco de su puerta mientras se fuma un cigarro.

Sorprendida por el descaro de la mujer, me giro hacia las chicas con los ojos como platos y media sonrisa en los labios. Ellas parecen tan sorprendidas como yo.

—¡Pero mira que eres maleducada, Inés! —la regaña otra mujer de su misma edad de aspecto más dulce que aparece tras ella—. Perdonad, chicas, es que ella es así, muy descarada. Somos Inés y Teresa —se presentan—. ¿Y vosotras? Por lo que veo sois nuevas por aquí.

Su aspecto me hace gracia, son la contraposición la una de la otra. Teresa tiene el pelo blanco, corto y cardado. Es una mujer robusta, de cara redonda y grandes ojos. Por su lado, Inés tiene una figura muy delgada, lleva el pelo de color cobre por los hombros y su cara está llena de arrugas.

—Sí, señora, yo soy Dafne y ellas son Nekane y Atenea.

—Hola, encantadas —saludan al unísono.

—Nos estamos mudando al tercero A, así que supongo que seremos sus nuevas vecinas de arriba —comento cordialmente, aunque por dentro solo quiero acabar la conversación para poder soltar la maldita caja que todavía llevo entre las manos.

—¡Ay, cielo, pues cómo me alegro! Seguro que le dais muchísima vida a la escalera, con lo jóvenes y monas que sois las tres —apunta Teresa, entusiasmada.

—Oye, ¿y cómo es que os habéis mudado las tres solas? ¿Y vuestros novios? —pregunta Inés descaradamente mientras suelta el humo de su cigarro.

Se nos escapa una carcajada.

—Uy, de eso nosotras no tenemos, señora —contesta Atenea, divertida y a nosotras se nos escapa una risa por la nariz. Sobre ese tema, Atenea es la única que tiene pareja, pero no el tipo de pareja que sugieren las señoras—. Pero eso se lo contamos otro día, que, si no, no vamos a acabar de mudarnos nunca, un placer, eh.

Atenea continúa subiendo las escaleras hacia nuestro piso y nosotras la seguimos acabando por fin con aquella conversación.

El piso es bastante amplio. Nada más entrar hay un pequeño recibidor que da paso a un pasillo. A la izquierda están las habitaciones de Nekane y Atenea, separadas por el baño, y a la derecha, la mía, la más grande, pero la única sin ventanas. Al final del pasillo, se extiende un gran comedor con la cocina integrada, separados por una barra americana. A la izquierda hay un precioso sofá de color naranja que ya había visto en las fotos que nos enseñó Atenea y me enamoró al instante. A la derecha, en la cocina, hay una pequeña mesa con cuatro sillas en la que ya me imagino desayunando todas las mañanas.

Nada más llegar a mi habitación, enciendo la luz blanca del techo que hace que parezca un quirófano. Dejo la mochila con mis imprescindibles encima de la cama y aparco la maleta a un lado. Si hay algo que me gusta de las mudanzas es la posibilidad de volver a decorar y organizar un es-

pacio nuevo desde cero. Mis juegos favoritos cuando era pequeña eran *Los Sims* y *Animal Crossing*, así que es fácil hacerse una idea de lo que me gusta la decoración.

Mi cuerpo me pide echarme una siestecita, porque estoy agotada después de la mudanza, pero me obligo a colocar el máximo de cosas posibles en su sitio, porque, conociéndome, esas cajas se pueden quedar sin abrir hasta el 2028. Sí, soy ese tipo de persona que procrastina hasta el infinito cuando algo le da pereza.

Poco a poco, voy sacando mis cosas y colocándolas en su sitio. Cuelgo la ropa en el armario de tres puertas que hay justo enfrente de la cama, pongo sábanas para poder dormir esta noche y voy colocando mi colección de Bratz 20 aniversario y *prints* a medida que aparecen por las diferentes estanterías de la habitación. Tengo veinticinco años, sigo coleccionando muñecas y no me arrepiento de nada.

—¡Dafne, ven que ya ha llegado la cena! —me grita Atenea desde la cocina.

Miro la hora en el móvil. Las diez de la noche. El tiempo se me ha pasado volando mientras lo colocaba todo, y la verdad es que me muero de hambre. Con todo el trajín de la mudanza, llevo sin comer todo el día.

Al llegar al salón, que aún está repleto de cajas, Nekane está en la barra partiendo las pizzas que acaban de llegar. Por lo que veo, Atenea y ella ya han abierto y colocado las cosas de la cocina.

—¡Ay, por favor, qué buena pinta! —exclamo mientras cojo un trozo de pizza carbonara, mi favorita.

—¿Sabes lo que también estaba para chuparse los dedos? —pregunta Nekane, divertida—. ¡EL REPARTIDOR!

—¡Nekane! Mira que llegas a ser bruta, ¿eh? —respondiendo, riendo.

—Además, ¿tú no estabas tonteando con uno? —pregunta Atenea.

—Sí, pero, chicas, tengo ojos en la cara. Y no debería ser la única, que en este piso hay gente que parece que ha hecho voto de castidad —dice mirándome para que me dé por aludida—. Además, con Asier solo he quedado un par de veces y todavía nada. Se ve que no todo el mundo en Tinder va a lo que va.

Nos sentamos en el precioso sofá naranja y cenamos mientras vemos *Aquí no hay quien viva* en mi portátil. El nivel de adoración que tenemos las tres por esa serie no es normal. De hecho, ya no comprendemos nuestro vocabulario sin un «las caras, Juan, las caras», «movida, movida» o «yo soy del montón bueno».

—Chicas, ¿Marisa y Concha no os recuerdan muchísimo a las señoras del segundo? —menciono apretando los labios en una fina línea que aguanta mi sonrisa.

—¡Estaba pensando lo mismo! —exclama Nekane.

—¿A las «bolloyayas»? ¡Son idénticas! —dice Atenea.

—¿«Bolloyayas»? —pregunto.

—Tía, esas dos no son amigas que viven juntas. Esas huelen a rollo bollo desde aquí.

—Mira, mira —dice Nekane, señalando la pantalla—. Inés es igual que Marisa con el cigarro y todo.

De repente, una música a todo volumen interrumpe nuestra conversación. La casera nos había dicho que era un bloque muy tranquilo y que los vecinos no solían dar ningún tipo de problema. No parece una fiesta, así que, como dignas herederas de Radiopatio, nos asomamos por la ventana para ver de dónde proviene.

El bloque no es muy grande, solo tiene tres plantas, y las únicas luces que hay encendidas, además de la nuestra,

son las de las señoras y las del chico que la casera nos dijo que vive enfrente. Así que, viendo que las «bolloyayas» tienen la ventana cerrada y que nosotras no tenemos música puesta, por descarte, el sonido tiene que venir del tercero B.

—¿Qué hacemos? —pregunto mirando a las chicas.

—Picamos a su puerta y que apague la música —contesta Atenea con decisión.

—No, Atenea, es nuestro primer día aquí. Además, estoy demasiado cansada para enfrentarme al vecino y comenzar con una guerra que casi nunca suele salir bien.

—A ver, dejadme a mí —dice Nekane con la decisión que la caracteriza. Coge una pinza de tender la ropa que la casera nos dejó y la lanza directamente al piso del vecino con la esperanza de llamar su atención. Después de cinco pinzas, nos damos por vencidas—. Nada, ni caso.

—Chicas, cerremos la ventana y dejémoslo correr —digo, dándome por vencida.

—¿Estás segura, Dafne? Tu habitación es la única que comunica con el piso de al lado —me pregunta Atenea mientras cierra la ventana.

—Sí, chicas, tranquilas. Así disminuye bastante el ruido.

Después de un rato más viendo la serie, recogemos las cajas de pizza y nos vamos a nuestras habitaciones. Nada más tumbarme en la cama, me arrepiento de mi decisión de no decirle nada al vecino. Cierro los ojos tratando de concentrarme en el ruido que provoca el pequeño ventilador que he puesto sobre el escritorio, pero es imposible no escuchar la música que atraviesa la pared como si fuera de papel.

Al menos tengo que reconocer que no tiene mal gusto, está escuchando *Under Pressure* de Queen y David Bowie.

Dicen que, si no puedes con tu enemigo, lo mejor que puedes hacer es unírte a él. Así que, teniendo en cuenta que Queen es mi grupo favorito, opto por intentar relajarme concentrándome en la voz de Freddy, dejando que el cansancio del día me hunda cada vez más y más en el colchón.